

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL
ILMO. SR. DON ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO SUPERNUMERARIO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 9 DE ABRIL DE 2018

GRANADA
MMXVIII

Esta publicación ha contado con una subvención de la
Consejería de Economía y Conocimiento
de la Junta de Andalucía.



Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Apartado de Correos 1013
18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada

Depósito Legal: Gr/471-2018

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

Sin propósito de enmienda

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

NO me queda tiempo para arrepentirme de haber dedicado gran parte de mi vida al periodismo. He sido y soy periodista, aunque no me vino la vocación desde la cuna, ya que el ángel que distribuía vocaciones no quiso llegar hasta aquella alcoba en la que me parió mi madre. O quizá no quiso bajar hasta aquel pueblo debido al frío, ya que, según luego me dijeron, fue muy desapacible y crudo el día de diciembre, con lluvia racheada, en que vine al mundo. Nací el mismo año en que Manolete, tras llenar con Arruza las plazas de toros, se fue a México, donde se entrevistó con Pedro Garfias, Antonio Jaén Morente, Juan Rejano y otros españoles republicanos exiliados, porque había que empezar a remendar desgarrones de nuestra guerra. Como no llegó aquel cartero celestial, me quedé sin saber qué es eso de la vocación desde el primer lloro. Y lo confieso antes de seguir adelante, porque creo que no debemos avergonzarnos del pasado, aunque sea doloroso. “Nos pertenece tanto como le pertenecemos”, escribió al final de los años cincuenta Gonzalo Torrente Ballester, en el primer tomo de *Los gozos y las sombras*. He sido periodista y dicen que es una profesión vocacional. Voy a intentar penetrar entre los muros ya casi derrumbados de la memoria para tratar de recordar cómo me vino esa vocación, que alguien comparó hace años por su constancia con la de médico o sacerdote. Claro que este cotejo se hizo antes del Vaticano II, cuando todavía los párrocos envejecían vistiendo sotana

y cuando Zygmunt Bauman aún no nos había hablado de la modernidad líquida. Aquel mundo era menos complejo y más sólido que este de ahora.

No me avergüenzo de mi pasado y, siguiendo el consejo de Torrente Ballester, el gallego cegato y guasón que sigue sentado en el Café Novelty de la Plaza Mayor de Salamanca, asumo la vida ya vivida, escudriño recuerdos y comienzo a intuir que la vocación surgió de los tebeos, porque era la única ventana que yo tenía abierta al mundo y el periodista ha de ser forzosamente un hombre de mundo. ¿Cómo, si no, podría yo conocer en aquel rincón de Castilla asomado al Duero que existían los hidroaviones? ¿Cómo habría sabido que los barcos que navegaban por los ríos y mares de China se llamaban juncos o champanes? Y, de no haber sido por los guionistas Federico Amorós y Vicente Tortajada, con Eduardo Vañó y Manuel Gago como dibujantes, ¿podría yo haber conocido lo que era el palo de mesana, el bauprés, la amura, el foque, la sentina o los pañoles, si nunca había visto el mar? Tebeos grasientos, gastados, rotos, cambiados por otros más nuevos o por un juego de canicas; tebeos leídos y releídos sobre el hule de cuadros rojos y blancos en la mesa de la cocina, que en cada tira me transportaban a selvas amazónicas o a los fumaderos de opio del puerto de Shangai. Tebeos de El Cachorro, con los peñones de Almuñécar al fondo dibujados por Iranzo, con piratas colgados de las jarcias y la gumía entre los dientes. Eran aquellos cuadernos apaisados como un cinerama individual, virtual y apasionante, cuya lectura mi madre me obligaba a abandonar porque ya estaba lista la cena. Cerraba el tebeo, pero yo seguía subyugado por la mirada asesina y la sonrisa siniestra del capitán del buque corsario, que se había apoderado de

la bella dama, o me mantenía en tensión mientras vigilaba el cargamento de copra y perlas en el catamarán pirata. En aquel mundo cambiante que brotaba de las viñetas me hubiera gustado vivir: rescatando doncellas con el Capitán Trueno y Goliat, deteniendo a malhechores junto al imbatible Roberto Alcázar, o luchando con El Cachorro contra los piratas berberiscos en el norte de África. La luz y la magia del mundo vivían en el cajón de los tebeos.

Allí estaba encerrada la inmensa arboleda de la selva amazónica donde aterrizaba tras luchar contra los piratas del aire el intrépido aventurero español. Era la misma selva por la que siglos antes había vagado Lope de Aguirre y su cuadrilla de iluminados en busca de Eldorado. Y allí, en aquel cajón que era mi valioso cofre, en el que se escondían civilizaciones perdidas y reinos fantásticos, también estaba oculta la ruta de los Cruzados por la que caminaba el Guerrero del Antifaz para luchar contra los infieles, liberar de las mazmorras a los prisioneros y rescatar los santos lugares enarbolando un inmenso pendón con una cruz bordada en su centro. A su regreso desbarataba las emboscadas de los sarracenos tras las dunas del desierto, se internaba por inmensas planicies pantanosas o soportaba lluvias torrenciales porque en aquel mundo cabían todas las aventuras, todos los fenómenos atmosféricos y todos los accidentes geográficos que iban apareciendo al pasar las hojas del tebeo. Y cómo no iban a subyugarme estas historias tan ricas de matices si al levantar la vista solo podía ver el uniforme paisaje castellano que tiene aspiración de permanencia inalterable: un lugar donde el paso del tiempo no se cuenta por días o por años, sino por siglos, según escribiera Delibes.

De no haber sido por todos estos personajes de los tebeos, ¿de dónde podría haberme llegado la vocación y la pasión por conocer gentes distintas y mundos nuevos si hasta mi pueblo no llegaba ningún forastero, ningún turista? Porque no podíamos llamar forasteros en sentido estricto a la señorita Pona y a don Valero, que llegaban todos los veranos, ni a los buitres que volaban desde el Duratón hacia el páramo cuando moría algún mulo reventado por el trabajo. Tampoco eran forasteros el cacharrero de los jueves, ni el matrimonio italiano que fabricaba fideos con una máquina portátil de aluminio; tampoco el viajante calvo que en su Fiat Balilla traía quincalla, tiras bordadas, dedales, agujas y lorzas para la tienda de Gabriel Horrasco. Esta gente era como las cigüeñas, que llegaba en su tiempo y a su tiempo se iban hacia otra parte, a otros mundos. Se iban igual que se marchaban los maestros que empezaron a cambiar todos los años desde que se jubiló don Celso, el cual se llevó a su tierra nuestro recuerdo y el guardapolvo gris con los bolsillos llenos de tiza y pizarrines. Eran gentes que tenían vocación de ausencia: venían con la otoñada y se marchaban por San Pedro, como los pastores y sus inmensos rebaños que recorrían las cañadas reales de la Mesta pasando hacia el norte cuando los días se dilataban y yendo hacia el sur cuando abreviaban las tardes.

Al costado del Edén está el Gulag, decía Kundera. Al costado de mi pueblo estaba la planicie infinita de Castilla por la que podía pasear perfectamente Juan Rulfo buscando a Pedro Páramo y sus antepasados, mejor que por Comala. Era esta la estepa castellana por la que arrastró su orgullo la tropa de guerreros que arropaban al Cid en su destierro. Aquella injusta expatriación que los

llevó desde Santa Gadea, tras atravesar lo que luego se ha llamado la ‘Laponia hispánica’, hasta el viejo mar de las culturas, el achacoso mar Mediterráneo que guarda en su vientre desde antes de nuestra era sirenas, ánforas y guerreros, y con el que se toparon al conquistar Valencia. Era aquel mar que nos habían dibujado Manuel Gago en *El Guerrero del Antifaz* y Juan García Iranzo en *El Cachorro* y que nosotros solo podíamos ver en las tiras de trazos poderosos y frases subyugantes para los ojos infantiles, páginas ajadas de tanto pasar y repasar entre cientos de manos. En ausencia de este mar imaginario, el río Duero y los canales de riego eran nuestro espacio acuático para vivir aventuras y jugar a combates navales con barcos de juncos trenzados, cargados de canicas rotas. Cuando terminaban estas naumaquias infantiles volvía a mi cajón de los tebeos, donde últimamente había amarrado su caballo Plata el Llanero Solitario —que me llegó junto a Milton el Corsario, dibujado por Bañó y Serrano— y las Hazañas Bélicas de Boixcar y Vicente Farrés.

Después vinieron a incrementar mi tesoro las aventuras de Guillermo, de Richmal Crompton, en libros con tapas de cartón a todo color de Editorial Molino, y un poco más tarde comprobé que Emilio Salgari me estaba esperando junto a la puerta de casa para llevarme a conocer a los tigres de Mompracem. Estábamos dejando de ser niños y entrábamos en esa etapa en la que no se es nada porque hay como un rechazo al besuqueo de tías y de abuelas y, cuando nos dejan entrar en el bar de la mano de los padres, solo nos dan un vaso de zarzaparrilla o gaseosa. Fue por entonces cuando, los domingos por la tarde, llegaban Perote y su hermano —el que murió en la guerra de Ifni— montados

en un auto con listones de madera, que llamaban rubia, y nos traían en grandes latas redondas el viático de magias y sorpresas que, enganchadas en la máquina de proyección, nos mostraban la existencia de una vida diferente. El salón de cine era una vieja cuadra que la señora Patilla había llenado con bancos sin respaldo. Más que ver, adivinábamos —porque las cintas estaban muy rayadas— el terciopelo y la seda con que cubrían su cuerpo unas mujeres rubias muy esbeltas, el fieltro flexible de los sombreros de los gánsteres o los coches inmensos, los trenes rápidos y los aviones gigantes que volaban sobre rascacielos e iban más veloces que los milanos de nuestras tardes cuando bajaban a beber al río. También asistíamos asombrados a las fervorosas declamaciones de amor patriótico de Aurora Bautista sosteniendo la tea junto al cañón en el papel de Agustina de Aragón, o veíamos a Conrado San Martín en ‘Apartado de Correos 1001’ con su impecable traje y su corbata a rayas robándole el protagonismo de policía secreta a Roberto Alcázar, nuestro viejo compañero de aventuras.

Estaba en la edad indefinida, en un mundo indefinido y una indefinida vocación, viendo pasar las cigüeñas y los vencejos por los cielos de julio, oyendo por el campo canciones de siega y trilla cantadas con voz poderosa por gañanes o segadores, y sintiendo el ruido del acarreo de cestos llenos de uvas hacia los lagares cuando apuntaba octubre y se anunciaba la fiesta del Pilar. Comenzaba un nuevo curso de tardes breves y lloviznas largas, ya sin don Celso en la escuela. Llegaban nuevos maestros como don Ángel Rodríguez, que se iba el sábado a Valladolid para estar con su novia. Con él vino la ayuda americana de leche en polvo y queso amarillento. Nos llegaron también

a la escuela nuevos libros de lectura: de hechos famosos, de frases célebres y de figuras españolas con un pasado glorioso. Todo muy en consonancia con aquellos tiempos en que todavía se empeñaban en llevarnos a caminar por rutas imperiales con la mirada clara y lejos y la frente levantada. Y los leí todos, porque ya me había entrado hasta la médula ese gusano dulce y persistente que convierte a las criaturas en ávidos lectores. Me gustaba leer hasta los prospectos de las cajas de Bilitines Cabrero, con los que el abuelo conseguía transformar el agua acarreada desde la fuente en un agua de seltz. Así deduje que mi destino iba a estar ligado a las letras. Vine a reafirmarme en esta creencia aquel año en que los cipreses de Gironella se metieron en los escaparates de las librerías y mi padre trajo un ejemplar desde la ciudad del Pisuerga, a donde tuvo que ir para curarse una úlcera rebelde. Le gustó mucho porque decía que trataba de cosas que él había vivido cuando joven y eso hizo que yo lo leyera y me despertara la curiosidad por aquel tiempo suyo que desembocó en una guerra, la misma guerra de la que hablaban los mayores y que a mí me parecía cosa de otro siglo, de otro tiempo tan remoto casi como las guerras carlistas. En sus charlas nocturnas se contaban sus batallas, sus miedos, los recuerdos amargos de paseos de madrugada, de tiros en la noche, de gente que nunca volvió. La guerra los había marcado a todos nuestros padres: a los que fueron al frente, a los que huyeron y a los que se quedaron para mantener la vida y la familia. En aquellas charlas en la tahona de la señora Toribia o en la rebotica de don Sixto los padres volvían a revivir sus andanzas, sus heridas, sus victorias, sus huidas, sus miedos, sus guardias frente a los

luceros y también los nombres de sus madrinas de guerra. Mi padre guardaba varias cartas y algunas fotos dedicadas por aquellas señoritas que le habían enviado junto con ropa de abrigo, con las que mantuvo correspondencia mientras duró la larga marcha. Le gustaba leer, pero le faltaban el tiempo y la luz, porque muchas de aquellas noches fallaban los fusibles o no tenía suficiente potencia la turbina de El Vergueral y terminábamos la cena a la luz de las velas y sin poder oír los discos dedicados de Radio Andorra.

Este es el momento de aclarar que en la casa de mis padres no abundaban los libros. Había, sí, breviarios, misales, devocionarios, catecismos, una colección de sermones y alguna novelita ejemplar como *La niña de Ibinaga*, *Viaje a la isla de los placeres*, o *El Aguinaldo del Niño Jesús* que editaba el Apostolado de la Prensa y que entretenían los escasos ratos de ocio de mi madre. En aquel raquítko vasar de los libros colocó mi padre los ‘cipreses’ de Gironella, al lado de otro libro de cipreses, el de Delibes, que le había regalado un tiempo antes su cuñado. Al ver juntos los dos ejemplares (*Los cipreses creen en Dios* y *La sombra del ciprés es alargada*), me pareció que los libros guardaban relación con los difuntos y me sorprendió la veneración de los escritores por aquellos árboles que eran los de los muertos, los que guardaban el sueño de la gente que ya no vivía entre nosotros. Y así empecé a leer también a Delibes.

Digo que me gustaba leer en un entorno que no era demasiado hostil, pero tampoco era del todo favorable; que viajé colgado de los hombros de los héroes de los tebeos, y que estos viajes me fueron metiendo en los periódicos; primero por las tiras cómicas y más tarde por los deportes

que publicaba el Diario Regional de Valladolid, con extensa información de la Vuelta Ciclista a España y la rivalidad entre Jesús Loroño y Federico Martín Bahamontes, y también sobre otro ciclista cuyo nombre iba cambiando con los días y que cerraba la clasificación junto al ‘premio a la desgracia’ patrocinado por Seguros Bilbao.

Pasados unos años le fui dando vueltas a la vida y a las estaciones. Dice el nobel Kazuo Ishiguro, en *Lo que queda del día*, que “no se puede hacer retroceder el tiempo. No se puede estar siempre pensando en lo que habría podido ser. Después de todo, ¿qué se gana con estar mirando siempre atrás? ¿Con culparnos del hecho de que esta vida no nos haya llevado por el camino que deseábamos?”. Ahora no estoy seguro de nada y por tanto solo sé que en este mundo nuestro actual y líquido se incrementan las frustraciones y una cierta inquietud ante una sociedad que va cambiando sus patrones y sus reglas sin que otras reglas y otros patrones vengán a regir nuestra lenta marcha hacia el fin sin demasiados sobresaltos. Y lo mismo me pasaba entonces. Tampoco estaba seguro de nada. No tenía claro qué iba a ser en la vida; me gustaba leer, soñaba con viajar, me imaginaba caminando entre tierras, gentes y costumbres vistas en los tebeos, aprendidas en los libros. Pero seguí encerrado en mi paisaje. Uno de aquellos veranos en casa de la abuela, oí que mi padre quería que yo de mayor ingresara en la Policía en tanto que mi madre se inclinaba porque fuera al Seminario para hacerme cura. Ganó la segunda opción, apoyada también por el maestro, y allí me llevaron en el coche de línea, con un colchón, una maleta y un amargo desgarró en el corazón porque dejaba aquel paisaje que me servía de punto de apoyo a mi fantansía y me dirigía

al único mundo que yo no había previsto en mis andanzas imaginarias. No iba al encuentro de piratas y facinerosos, ni iba en busca de doncellas necesitadas de amparo. Era una inmersión brusca y repentina en la rigurosa disciplina de horarios de clase y de rezos, mientras braceaba asustado entre declinaciones latinas, la guerra de las Galias y los ejercicios espirituales. Aquel brusco cambio fue como un gran desgarrón, como una herida lacerante que me separó de mi tierra y mis tebeos. Sentí el mismo dolor que Mío Cid al abandonar San Pedro de Cardeña: “así parten unos d’otros como la uña de la carne”. Dejé de sentir el zureo de las palomas, el canto de abubillas, cárabos y ruiseñores y el balido de los recentales. Los tebeos guardados en el cajón se quedaron esperando en vano una mano que los sacara a la luz y fuera pasando suavemente sus hojas releídas y arrugadas.

Cinco años estuve con Fedro y Esopo, con Horacio y Virgilio, con Cicerón y Suetonio. Entonces, en aquellos años indecisos de la adolescencia, mi mente buscaba una vía de escape de la disciplina del internado a través del paso de las Termópilas, sintiéndome luchar al lado de los soldados griegos contra los persas; otras veces acompañaba al pueblo judío en su destierro hacia Babilonia, contemplando cómo sus cítaras colgaban de los árboles. Los héroes habían cambiado de cara, pero me subyugaban tanto o más que los de la infancia. Por eso, cuando abandoné estos estudios y marché a Madrid, buscando ese camino que no acababa de encontrar, yo seguía enganchado al carro de Eneas o salía a navegar con Ulises. En aquella capital de los sesenta que aceleraba su paso hacia la modernidad, tan distinta y distante del Burgos en el que imperaban los

uniformes militares y las sotanas, me contaron que todavía había lumis que llevaban bisoñé rubio en la entrepierna porque decían que les gustaba a los americanos de Torrejón. Era una ciudad que buscaba la modernidad, pero su Rastro aún olía a tristeza, fracaso y hambre; ante el museo del Prado no se formaba ninguna cola y el paisanaje se mostraba hosco y un tanto cerril en las taquillas del fútbol, del metro o de los cines de sesión continua.

En aquel Madrid, los periódicos hablaban de la crisis de los misiles en Cuba y del caso Profumo, el ministro que desató la crisis del Gobierno conservador de Harold Macmillan tras haber sido atraído fatalmente por la modelo y prostituta de lujo Cristina Keeler, una mujer que volvió a la actualidad en diciembre pasado, cuando dieron noticia de su muerte. La gente de la cultura se desayunaba con los artículos de César González Ruano, al que alguien ha definido como un alquimista de las letras y un maestro en el arte de vivir al día. Murió César cuando apenas le quedaban dos semanas a 1965 y tuvieron que pasar bastantes años hasta que un señor con gafas de gruesos cristales y bufanda, que salía todas las mañanas a comprar el pan y que se puso Umbral como apellido, ganó a gran parte de esos lectores huérfanos de letra culta con su 'Spleen de Madrid'. Fue en aquella ciudad en la que acababa de pisar su asfalto, en un día del otoño madrileño, cuando me encontré con el olor a tinta del diario Pueblo y la voz animosa, que envolvía a Santiago de las Heras, un primo lejano de mi padre. Él fue el que me animó a estudiar periodismo, me dio el último empujón para que me olvidara de Tácito y de Salustio y me dedicara a palpar el mundo tal como era. Él me hizo ver que las páginas del periódico

dibujaban el retrato de lo que ocurría a diario en el mundo, que el periódico en su conjunto era la historia universal de las últimas veinticuatro horas, según lo definía Nicolás González Ruiz, el viejo redactor de El Debate y profesor de su Escuela de Periodismo. Leer el periódico suponía algo más que despertarse y saber quién hacía qué, dónde, cómo y por qué o para qué. Me matriculé, me sumergí en aquel montón de asignaturas y un verano, hace ya 48 años, llegué a hacer las prácticas en Ideal. Y todavía entonces, mis viejos amigos de los tebeos me acompañaban, porque resultó que la vida era eso: casos y cosas tan sorprendentes como las más extrañas aventuras vividas por aquellos personajes.

Me zambullí en aquel océano de teletipos, tabaco, teléfonos, chascarrillos, madrugadas, linotipias, entrevistas, fotograbados, cafés, ilusión, visitas, entrega absorbente sin mirar el reloj, plomo derretido en los crisoles, e ideas que se iban empujando unas a otras entre las teclas de la Olivetti. Todo aquello contribuía a diario para que las noticias, ordenadas y apretadas unas contra otras, llenaran las páginas que de madrugada iba vomitando la rotativa; unas hojas que reflejaban como en un espejo, a veces borroso, lo que había ocurrido en Granada, en España y en el mundo. Yo mismo me sorprendía de haber sido uno más de aquellos que contaban las cosas que pasaban, con precisión, con detalles y a la vez con un pretendido aire literario.

Cuentan que Don Pío Baroja sentenció en la tertulia del Café de Levante cuando apenas había comenzado el siglo XX que “en España hay siete clases de españoles, como los siete pecados capitales: los que no saben, los que no

quieren saber, los que odian el saber, los que sufren por no saber, los que aparentan que saben, los que triunfan sin saber y los que viven gracias a que los demás no saben. Estos últimos se llaman a sí mismos políticos”. No es que Don Pío tuviera un mal día o que se le hubiera agriado el carácter con la primavera, es que hizo un retrato descarnado del paisanaje que ciento quince años después vemos que apenas ha cambiado, porque —y cito otra vez al gran director de El Norte de Castilla, Miguel Delibes— España ha sido y es “un país muy poco leído, no se rechazan las ideas, que se desconocen, sino las personas; no hay juicios, sino prejuicios”.

Vuelvo a la vida diaria de aquellos años. Como les decía, las agencias de noticias y los reporteros locales inundaban las redacciones con notas variopintas, que pasaban por las mesas de redacción donde se ordenaban, se jerarquizaban, se analizaban, se contextualizaban y se daban las claves, o al menos algunas claves, para que su lectura le fuera más útil y le sirviera para afrontar con más conocimiento la jornada que tenía el lector por delante. El periódico contaba todo lo que ocurría en el mundo y daba respuestas a las siete interrogantes del periodismo. Yo era uno más de aquellos que escribían sobre muertes, libros, vida política, incendios, congresos, procesiones ostentosas y profesiones olvidadas, turismo y terremotos, carestía de vida y polos de desarrollo. También alcancé a ejercer la servidumbre de ser jefe y fueron muchas horas de trabajo constante, atendiendo a varios frentes, poniendo comas, quitando tildes, colocando anuncios, editando textos, puliendo artículos, rechazando o solicitando colaboraciones, llamando a los fotógrafos, coordinando la labor de los redactores,

hasta poder sacar a la calle la información diaria y los pensamientos de los columnistas.

Mi primera misión fue la redacción de los sucesos acaecidos en el día y al poco tiempo me topé con el aviso de que unos jóvenes se habían ahogado en un pozo de Cozvíjar. Venía de nuevo a verme la muerte, como ya la vi en mis primeros años, cuando todavía me dedicaba a cazar lagartijas para disecarlas introduciéndolas en un frasco de alcohol y me embelesaba ante los increíbles inventos del doctor Franz de Copenhague que publicaba el TBO.

Lo que me vino ese día a la mente fue la mañana de un lejano diciembre en que los vecinos se turnaron para abrir una senda entre la nieve helada que cubría las calles y poder así llevar al camposanto el ataúd pintado de azul celeste en el que iba como dormida la niña Amparito, la que me miraba desde su balcón frontero al mío, con unos profundos ojos del color de la miel y una sonrisa triste en el semblante, detrás del que se escondía la muerte presentida. Nunca he sabido de qué murió la hija de la señora Paula, que todavía no había cumplido los quince años. Yo la veía todas las tardes trezando los bolillos o bordando con dedos de cera en el bastidor, y al notar que mi mano descorría los visillos de mi ventana ella levantaba la vista de su labor y me dedicaba su sonrisa cada día más lánguida. La noche de la gran nevada, cuando faltaban ocho días para la Pascua, se apagó su vida como arrebatada por el cierzo furioso que hacía vibrar cristales y fallebas y se metía por todas las ranuras de balcones, puertas y ventanas. Y el grito como de loba herida de la madre al sentir que la tapa del ataúd se cerraba para siempre, lo escucho todavía al recordarlo como un aullido eterno. Las otras

mujeres la sujetaban, porque ya se sabe que los entierros eran entonces cosa de hombres y ninguna mujer acompañaba a sus deudos en el último viaje. Se quedaban musitando oraciones y pasando las cuentas del rosario, mientras el párroco entonaba el ‘Dies irae’ y cargaba el hisopo en el acetre para rociar la caja al tiempo que seguía cantando unos latines que solo entendían los santos del cielo. El sitio de las mujeres estaba, a partir del día siguiente, en la nave del lado del Evangelio, ante el altar del Cristo, donde se amontonaban los hacheros con sus velones y cirios de cera amarilla y donde los velos de tul negro ayudaban a hacer menos visibles a aquellas madres o a aquellas viudas, que nunca más volverían a lucir su peinado en los días de fiesta. Eran como un coro de tragedia griega, todas juntas en aquel rincón de los responsos, al que acudía el cura al terminar la misa para rogar por los ausentes y, de paso, recoger el estipendio en la bandeja de metal que portaba el monaguillo.

Me estoy demorando demasiado en la muerte, quizá porque la blanca dama se deja ver con excesiva frecuencia estos años y desprende cierto tufo a incienso y miserere.

Sigue en mi cabeza dando vueltas este tiovivo del eterno retorno, descubriendo que en la realidad presente habitan la muerte, la guerra, el amor, la sequía, el hambre y la incultura. Y también la fraternidad, el heroísmo y la amistad. Todo eso estaba en los tebeos y por su lectura me vino la pasión por desentrañar el misterio de lo que nos rodeaba. También, pese a mis pocos años, supe que en mi pueblo existían los amores pagados y tapados que ofrecía Mercedes la Morocha cuando los perros habían dejado de ladrar a la luna y la aurora se presentía todavía lejana. Todo

aquello que escuché de niño alimentó mi pasión por el periodismo. Esa pasión, ya en Granada, tenía una vertiente más divertida y licenciosa cuando, tras el trabajo de mi primer verano, acompañaba a mis compañeros y maestros hasta la plaza de la Mariana, donde metidos en la senda del alcohol se narraban aventuras distintas a las escritas en el periódico. Terminaban aquellas tertulias de chismes y navajazos verbales cuando comenzaba el repique de los campaniles conventuales de la Carrera del Darro. Aquella plaza había sido y seguía siendo centro de trato y trata, de truco y chingue, de manguis de carteras y besos de recuelo. No eran santos aquellos viejos y añorados compañeros de profesión, pero se tomaban en serio reseñar el paso de la vida por las páginas del diario y vivían a años luz de esta ‘troupe’ de gznápiros filoalfabetos que ahora pueblan las redes y ensucian la vista.

Una de las tragedias de este siglo es que se nos están muriendo los dioses y estamos olvidando las leyendas y los mitos. Su lugar lo ocupan esos artilugios que permanentemente van apareciendo en el mercado de la holgazanería y que los hombres reciben con tanto regocijo como el que mostraban sus padres hace sesenta años ante la llegada de la televisión, o con tanto fervor como exhibían ante la visita del padre Peyton.

Les decía hace unos minutos que quemé gustosamente mi vida activa en Ideal, un periódico en el que el rigor y la honestidad han presidido siempre la labor de sus redactores. No descubro nada nuevo si afirmo que la sociedad está pasando por una etapa de cambio o de crisis, en la que se ha puesto en cuestión todo un mundo de certezas que, bien que mal, nos había acompañado en los últimos

años. Esta vorágine de cambios ha afectado también y muy directamente al periodismo y a los periodistas. Pero pasará el sarampión de las redes y se mantendrá la ilusión de informar. Entré en esta apasionante tarea cuando el plomo era el rey (los periódicos empleaban este material para su impresión) y la dejé cuando el plasma se había adueñado de la situación y de las redacciones. No sé si, como decía Kapuscinski, “solo las buenas personas pueden ser buenos periodistas”, pero de lo que estoy seguro es de que el valor del periodismo reside en la credibilidad y, si ésta se mantiene, el periodismo no morirá. Hacer buen periodismo es decir la verdad, ser rigurosos y precisos y pedirle cuentas al poder, como afirmaba hace unos años en ABC el director de The Washington Post, Martin Baron. Pero hay algo que tampoco podemos olvidar y que cada día es más necesario: los periódicos tienen que subyugar, atraer, contar buenas historias. Y esto, a veces, es tremendamente difícil de encontrar.

Cité al principio de este discurso a Zygmunt Bauman, el sociólogo y filósofo polaco que nos dejó hace un año y que acuñó los conceptos de modernidad líquida, sociedad líquida o amor líquido para definir el momento presente en el que las realidades sólidas de nuestros padres y abuelos se han desvanecido y han dado paso a un mundo más precario, más provisional y ansioso de novedades. Somos esclavos de este tiempo veloz, estamos seguros de que las cosas no van a durar mucho y de que de un día para otro aparecerán nuevas oportunidades que vendrán para devaluar las existentes. Y este cambio permanente, esta epidemia de desafección por lo conocido sucede en todos los aspectos de la vida. El embate de estos nuevos brujos que cuestio-

nan todo lo que era sólido también lo sufren otros oficios o carreras, como la medicina (con los nuevos curanderos), la historia (con la imposición del pensamiento único) o el derecho (con asesores o asesoras que suplantán al licenciado). Pero es el periodismo el que soporta con mayor virulencia esta agresión.

Para corroborar estos asertos, me voy a apoyar en otras voces, claras y sensatas, que han analizado con brillantez esta larga etapa de la prensa de los últimos cincuenta años. Todo ese tiempo al que ahora recorro en mi larga búsqueda de la razón de ser de un periodista. “Pasaban cosas y alguien nos las contaba. Los periodistas bailamos cada día sobre el mundo y su caos para dárselo luego a los lectores contrastado, ordenado, jerarquizado, analizado, contextualizado y con claves para que afrontaran el día”. Así definía en un artículo escrito para Vocento a finales de 2017 la directora de Diario de Navarra, Inés Artajo, su trabajo.

El articulista Arcadi Espada, el 5 de noviembre del pasado año, hablaba —citando a Joseph Roth para concienciar al lector sobre el peligro presente de la posverdad— de “el círculo de fascinación de la mentira, que los criminales levantan en torno a sus fechorías”. Pese a que las poderosas redes intentan cerrar el grifo del pensamiento libre, por más que aprieten la llave de paso para evitar que las ideas fluyan, hay un goteo permanente de avisos que se esfuerzan por precaver a los espíritus libres del peligro de ese despeñadero mortal que no tiene regreso. Umberto Eco nos dejó hace dos años tras ratificar su aserto de que “el drama de Internet es que ha promocionado al tonto del pueblo al nivel de portador de la verdad”.

Recientemente Lorenzo Silva abjuró públicamente de este gatuperio de las redes y avisó de que “el que fuera juguete preferido de los informáticos en la primera década del siglo ya está pasado de moda entre los que parten el bacalao en Silicon Valley, cuyos gurús no dejan a sus hijos abrirse perfiles en redes sociales”, y añadía que “el secreto del fracaso de las redes como herramienta de comunicación no es otro que su marcada tendencia, deliberada o no, a favorecer la generación de contenidos inertes: mensajes que no transmiten nada valioso y no son más que inyecciones de hiel, ignorancia o puro aburrimiento”. En esa línea de pensamiento se inscribe la filósofa Onora O’Neil, premiada con el Berggruen de Filosofía y Cultura, quien confesaba que “las personas están recibiendo mensajes y contenidos distribuidos por robots, no por otros seres humanos, y mucho menos por conciudadanos. Es aterrador. El uso inadecuado de los canales de comunicación públicos es tan contaminante y poderoso que debilita la base de la política democrática propiamente dicha”.

“El propósito del periodismo consiste en proporcionar al ciudadano la información que necesita para ser libre y capaz de gobernarse a sí mismo”. El aserto es de Bill Kovach y Tom Rosentiel, que han dedicado su vida al periodismo independiente y de rigor.

Por su parte, Alex Grijelmo, coautor del *Libro de Estilo* de El País y autor de *El Estilo del Periodista*, opinaba hace unos meses que “estamos ante el desprestigio de los intermediarios. Pero en la vida real necesitamos intermediarios: el médico, el arquitecto, el carnicero... Creo que se volverá a necesitar como intermediario al periodismo reflexivo y prestigioso, que jerarquice la realidad y la

interprete con honradez. Las noticias nos saldrán por las orejas y necesitaremos alguien de confianza que nos las explique y nos diga por qué suceden las cosas y qué pueden desatar. La alternativa al papel es un maremágnum en la Red de noticias falsas y verdaderas a las que a menudo se llega desde Google o desde las redes sociales sin haber percibido su jerarquía, su importancia, su seriedad. Es información desestructurada. Si el lector tiene una cabeza estructurada, no hay problema. Pero si no, la manipulación se facilita mucho”.

También en la televisión se han encendido algunas alarmas. Gloria Lomana, que ha estado al frente de los informativos de Antena 3 durante bastantes años, confesaba el pasado mes de diciembre en El Semanal que “la posverdad es un eufemismo. El oleaje de manipulación y mentiras es ahora mucho mayor, porque hay más canales, más inmediatez y más contaminación entre unos y otros. No digo —añadía— que el periodismo esté en la UVI, pero sí en una situación calamitosa. La manipulación empieza a ser norma y lo más grave es que no nos asusta saber que existe”.

Siempre pensé que el periodista podía llevar a cabo una misión buena para nuestros semejantes, pero ahora, tras analizar estas y otras muchas declaraciones de periodistas e informadores de prestigio, siento que ese caparazón de certezas va siendo corroído por un magma difuso y complejo en que nos movemos sin un rumbo determinado, un magma que se hace a cada minuto más líquido. Mirando hacia atrás me doy de bruces con un turbión de ideas, recuerdos y conocimientos mal ensamblados en mi cabeza, demasiado blandos y borrosos para cimentar nada. Esta inseguridad hace que el periodista siga todavía intentando

encontrar una definición exacta para su trabajo y su afán. ¿Sigue siendo todavía el periodismo la historia universal de las últimas veinticuatro horas? ¿Se siguen contrastando las noticias hasta tener la certeza de que no se trata de un bulo? ¿Puede vivir el periodismo riguroso en esta época embarrada por la posverdad? ¿Nos interesa estar informados o preferimos que nos cuenten hechos asombrosos, aunque no sean ciertos? Frente a esta zozobra, hago votos porque los periódicos, en el formato que sea, sobrevivan, ya que de lo contrario la sociedad perdería ese cuarto poder que ha sido decisivo en el desarrollo de las modernas democracias y las libertades.

Los días en que me da por observar a mi alrededor con la mirada griega de las lechuzas, veo que nuestro asombroso avance no ha sido tal, sino que en ese tiovivo de que hablaba antes, dando vueltas al tiempo, aparece en el horizonte una peligrosa mutación de hábitos en la que corremos el peligro de perder las capacidades de criterio y raciocinio y entrar en los fosos de la superstición, junto a la que crece la cicuta de la mentira y la sarna del impropio. Como diría Cela, cada uno resbala por donde camina.

Otras veces la duda me lleva por carriles contrarios y no sé si en esta era líquida es lícito pensar que se va diluyendo el criterio, el análisis, la meditación, el estudio de los misterios que nos envuelven, o más bien podemos considerarla como un salto adelante, ya que nos hemos desprendido del sentimiento de culpa, de la angustia ante la brevedad de la vida, de la insatisfacción por no conocer todos los misterios del universo. ¿Ha sido una vuelta a la inocencia, al mundo feliz de la infancia, o ha supuesto un regreso a la edad más primigenia, aquella que nos acerca

a los homínidos y nos aleja del hombre del Renacimiento? ¿Vamos hacia la felicidad y el eterno bienestar o hacia la estolidez, la barbarie y las tinieblas? No me atrevo a contestar estas preguntas.

Me van a reprochar haberme centrado demasiado en mis recuerdos de tierras lejanas, sin tocar tan a fondo como se debe la memoria más reciente y más larga de mi estancia en Granada, pero ya sabemos que la patria es la niñez y de allí vengo. No les oculto que he sentido a veces —como Fernando Aramburu, el autor de *Patria*, confesaba recientemente en El Mundo que a él le pasaba—, que estoy robando un oxígeno que no es el mío, que siento que los pasos que doy huellan una tierra que no me pertenece, aunque en ella lleve toda la vida. Porque nos hemos empeñado en que somos de donde nacemos, en vez de donde escogemos. Y nadie se siente capaz de cambiar esta apreciación. Y por si el tiempo abrevia antes de dilucidar mis dudas sobre la vocación, el futuro de la prensa y la nacencia, confieso que hace meses que voy de relecturas y he vuelto a los clásicos, como deshaciendo el camino y marchando hacia el origen de la vida. En esa senda me acompañarán cualquier día de estos el Cachorro, el Capitán Trueno o el Guerrero del Antifaz. A veces siento que me siguen, sobre todo por las calles del Albaicín o por los bosques de la Alhambra. Creo que solo esperan a que vuelva la cabeza y les haga la señal convenida para meternos en las tiras de aquellos ajados y desgastados tebeos y rescatar de las garras de sus enemigos a la hija del Trueno, a la reina Sigrid y a la condesa de la Roca.

Termino por donde debería haber comenzado: con el recuerdo a los ausentes (nuestros añorados compañeros

Paco Izquierdo, Juan León, Gregorio Morales, Manuel Villar Raso y Juan de Loxa) y el más sincero agradecimiento a la Academia de Buenas Letras de Granada y a todos sus miembros, que considero amigos, por haberme permitido formar parte de esta institución. Muchas gracias.

ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS
San Martín de Rubiales (Burgos), 1945

Licenciado en Periodismo (1971) y en Filosofía y Letras (Sección de Historia y Geografía) (1979) por la Universidad Complutense. Premio ‘Pedro Antonio de Alarcón’ y ‘Seco de Lucena’ por la Asociación de la Prensa de Granada.

Su vida profesional ha estado ligada al periódico IDEAL. En su trayectoria como periodista ha vivido en primera persona esta larga etapa de IDEAL y ha trabajado en todas las secciones del periódico, desde el reporterismo de sus primeros años hasta la etapa de subdirector (entre 1985-2006).

Como historiador coordinó numerosos suplementos especiales editados por IDEAL con motivo de efemérides granadinas: los centenarios de Ganivet y Lorca, los 500 años de la incorporación del Reino de Granada a la Corona de los Reyes Católicos, el V Centenario del nacimiento de Carlos V, la muerte de la reina Isabel la Católica, etc. Precisamente sobre esta última conmemoración promovió la edición facsímil del Testamento de la Reina Católica, que se conserva en el archivo de Simancas, por lo que obtuvo el reconocimiento oficial de la Real Academia de la Historia. También coordinó el suplemento de los 75 años de IDEAL, un ejemplar de más de 400 páginas, en el que se repasaba la historia reciente de Granada a través del archivo gráfico del periódico y en el que colaboraron 75 prestigiosas firmas de escritores granadinos o vinculados a Granada, que evocaban cada uno de estos 75 años de vida del diario y los avatares de Granada en este periodo de

tiempo. Ha publicado dos obras de teatro sobre la estancia de Carlos V en San Martín de Rubiales.

Hasta finales de 2008 fue el responsable de Opinión del periódico IDEAL, donde actualmente escribe una columna semanal, que se publica los domingos bajo el título de Puerta Real.

Entre 1980 y 1981 fue director de la Hoja del Lunes.

Del 2009 al 2013 dirigió la revista Cuadernos de la Tarde, publicada por el Gabinete de Calidad de Vida y Envejecimiento de la Universidad de Granada.

En 2009 dirigió el Centro de Estudios Periodísticos de la Fundación Andaluza de la Prensa y fue coordinador de su Aula de Cultura.

Actualmente es director-gerente de la Fundación Agua-Granada.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 24 de marzo del año 2018, CCIX
aniversario del nacimiento del escritor
y periodista Mariano José de Larra,
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXVIII